

Zaragoza 24 de Septiembre 2012

Presidenta del Gobierno de Aragón.

Rector de la Universidad de Zaragoza.

Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Patronato de la Fundación.

Profesores, amigos y vecinos.

Señoras y señores

Es necesario y muy honroso comenzar mis primeras palabras expresando mis más efusivas gracias y mi más profundo reconocimiento y agradecimiento a la primera autoridad de Aragón y a la primera universitaria, a tan distinguidos académicos y profesores y a mis muy estimados vecinos y concejales con su autoridad municipal, a la que saludo. Con su presencia conforman todos ustedes, autorizan y dan testimonio de la ceremonia de presentación de la Fundación. No es posible pensar un mejor ni más noble cuadro.

Permítanme ahora, señoras y señores, continuar estas palabras llamando la atención sobre el recinto en que ahora estamos: el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, Universidad en la que yo me licencié hace ya años. La palabra Paraninfo tiene una doble semántica: deriva de ninfa, la divinidad de las fuentes, fuentes limpias, placenteras, por un lado, y por otro, lugar noble en el que brotan y se anuncian buenas nuevas, el principio del curso universitario, por ejemplo. Es por tanto el Paraninfo el marco ritual, apropiado, para anunciar y presentar la Fundación denominada Centro Humanístico Lisón-Donald que, un conjunto de personas, aquí presentes, hemos ideado. Pero fijémonos por un momento en el significado y sentido de lo que estamos ritualizando: la Presidenta del Gobierno de Aragón, el Rector Magnífico, el Presidente de la Real Academia en compañía de otras jerarquías y personalidades, más la presencia de ustedes todos, prestan dignidad y densa carga espiritual a un acto de noble sentido moral. Estamos celebrando formalmente, con solemnidad, un momento puntual de creación académica, y lo hacemos con entusiasmo e ilusión, con imaginación y emotividad, actitudes necesarias para llevar a cabo una difícil empresa humanística por y para el pueblo. Y hacemos algo más: expresamos deseos e ideas de futuro, auguramos y simbolizamos algo así

como una filosofía social de enculturación y extensión local del conocimiento en su variedad, y todo a la vera, al alcance de todos, en el Centro Humanístico del pueblo. Ustedes, como auditorio, en silencio y escucha ceremonial, son testigos activos de esta canonización ritual de la Fundación.

¿Qué es y pretende ser un Centro Humanístico? Es y pretende ser la casa, el hogar de las disciplinas humanas, de las humanidades, de las que se refieren a nosotros mismos, al hombre, a su naturaleza, a su formación cultural y trasfondo moral, al saber general sobre el significado de la existencia humana, a la apreciación y estima de los valores humanos y al cultivo de las artes liberales. A todos nos preocupan, también, los humanos periódicos brotes de inmoralidad, abuso del poder, el engaño, la violencia, la crueldad y la tortura. Pues bien, son las disciplinas del espíritu, la Antropología entre ellas, las que pretenden arrojar algo de luz sobre la paradójica condición humana, investigando el predicamento humano en su diversidad, en su variada orientación moral, irracionalidad, creencias y contexto social. Y esta es la razón por la que la Ciencia y su práctica, la Economía también, requieren un toque de humanismo, una dimensión crítica imaginativa, un pensamiento riguroso y evaluador, algo que nos haga más humanos. Entendemos nuestra problemática no sólo guiados por el método científico sino orientados también por la intuición y la emoción; el espíritu de las humanidades nos impulsa, por ejemplo, a la empatía para ver al Otro y poder así penetrar, desde dentro, en la enorme variedad de experiencias humanas, regidas por otros credos y valores, por otras formas de ser hombre y mujer, por otros módulos de humanidad. Hay algo más que conocimiento estadístico y técnico formal, hay conocimiento humano.

¿Cómo se inscribe este proyecto humanístico en una particular comunidad marcada por la geografía y por sus costumbres, en su curso actual hacia la globalización? ¿Cómo integrar el *ideal* humanístico en la comunidad? Impulsando un Centro en el pueblo y para el pueblo, esto es, un espacio de ampliación de conocimiento, un foro de diálogo y canje de ideas, un agradable hogar del saber y germen de innovación mirando al futuro, pero teniendo siempre como base el cultivo de la persona, la persona participando en cursos, coloquios y conferencias abiertas a los más variados temas, elegidos siempre por los vecinos. Dispondrá el Centro de una Biblioteca –ya la tiene en parte- especializada en Antropología cultural, en Historia, en Arte y Literatura para ampliar información; se organizarán

programas concretos para fomentar intereses e inclinaciones de los que quieran bucear en la historia del pueblo porque la documentación está a la mano y porque lo realizado hasta ahora es ya prometedor; se incentivará a recoger la magia de formas verbales locales, ricas en número, expresividad y ecológico contenido –algo que ya se ha comenzado a hacer, no hablo de utopías-; especial atención se dedicará al diálogo con personas de edad de ambos sexos para ayudarles a recordar los cambios acaecidos en el modo de vida desde su infancia hasta ahora, lo que teniendo en cuenta lo oído a padres y abuelos puede remontarnos a la cultura y modos locales de hace ciento veinticinco años; la muestra de fotos antiguas que hace unos años se organizó puede contribuir a darnos una visión gráfica de nuestro inmediato pasado; las filmaciones y diapositivas de celebraciones festivas y rituales, sin despreciar las ordinarias ocupaciones y sucesos, puede ser faena de jóvenes, aptamente formados en el manejo de técnicas, como ya se ha intentado hacer esta misma mañana. El Centro, en suma, puede patrocinar conciertos, proyección de películas culturales –hay un buen número esperando en la Biblioteca-; puede también proporcionar local apropiado a las numerosas asociaciones que testimonian la vida cultural del pueblo, prueban su solidaridad interna y la creatividad de sus vecinos.

La Biblioteca, lugar de reposo y saber, a la que me he referido antes, merece, incluso en la era digital, unas líneas más. Para robustecer su necesidad e importancia voy a apoyarme en la autoridad que me presta García Lorca que dijo en la inauguración de la Biblioteca de su pueblo Fuente Vaqueros, cito: “No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.... Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevski... estaba prisionero en la Siberia... y pedía socorro en carta a su lejana familia, solo decía: “¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!”. Por mi parte, dono cuantos tengo a mi pueblo.

Permítanme ahora, señoras y señores, unos pocos segundos para presentar al pueblo a los que no lo conocen, al pueblo en innovación y

cambio. Puebla de Alfindén está a doce kilómetros de Zaragoza y su calle principal se alarga más de un kilómetro a los dos lados de la Nacional II. Tiene al menos unos mil años de historia porque según el primer documento en latín que conozco, existía ya, como pueblo configurado y con límites propios en 1145; por entonces había ya un núcleo habitado, con campos de hierba cultivados a su alrededor, regados por una red de brazales. Otros documentos de esa época hacen costar que unas tierras en venta pertenecieron a García el Viejo que las había heredado a su vez de D. Rodrigo, por tanto varias generaciones atrás; otros testifican la existencia de viñas, canales y obligaciones de riego y una finca propiedad del hospital. El pueblo medieval con su castillo, del que solo queda una gruesa pared y alguna moneda encontrada en su ruina, pertenecían a la iglesia de Santa María del Pilar de Zaragoza.

La dignidad del lugar viene marcada como están viendo por el conjunto parroquial y la Casa Consistorial, construida ésta en el siglo XV, con lonja en la planta baja y galería superior de arquería gótica. La iglesia, en su obra más antigua, es mudéjar del siglo XIV, obra que fue reformada en los siglos XVI y XVIII; aquella era de nave única y de aquella nave primitiva se conserva el ábside poligonal con ventanas ojivales y contrafuertes escalonados. En 1512 se hizo casi de nuevo la torre-campanario que repite el estilo que predomina en los siglos XIV y XV en Aragón. Escribió Hegel que “cuando echamos la mirada atrás y contemplamos la historia lo primero que vemos es solo ruinas”. Pero por otra parte, y desde otra perspectiva mucho más interesante, podemos hacer nosotros del pasado un presente vivo y del presente el germen de un futuro. ¿Cómo?

Haciendo de las ruinas alas, esto es, por ejemplo, de los antiguos nombres de las calles, de las casas con logia renacentista aragonesa, de las varias descripciones que tenemos del lugar del siglo XVI, del magnífico dibujo del pueblo de un italiano del siglo XVII que han visto y de las abundantes fotografías familiares del siglo XIX, otros tantos panoramas que nos presentan al pueblo en diferentes momentos históricos altamente significativos, con el paso por sus calles de prohombres ilustres, reyes y recepción de príncipes. El honor del lugar viene salvaguardado también por las huellas objetivas que han dejado las actividades de los siglos, resultado a la vez del esfuerzo de sus vecinos por mejorar el pueblo. El pueblo es además, para los que viven y hemos vivido en él, un repositorio de

recuerdos, de sentimientos, pensamientos y personas rememorados en inolvidable visión microscópica de niño, de adolescente y de mayor. Un simple paseo por el pueblo nos hace captar el espíritu del pasado que anima el lugar, el sentimiento con que nosotros dotamos un rincón, una escena ya ida, un momento, un encuentro, la iglesia, la escuela de nuestras primeras letras, una procesión, una competición festiva, el cementerio etc., lugares todos de memoria en los que fusionamos lo interno y lo externo disolviendo el uno en el otro.

Hay algo más que no puedo dejar de subrayar: el pueblo, he dicho antes, tiene en su haber mil años de vida, de biografía rica en creatividad, pero en realidad el pueblo es algo más; en cuanto tal tiene un algo añadido, el valor de la continuidad, algo así como un extra, un plus o carácter de inmortalidad. ¿Qué quiero decir con esto? Algo sencillo y real a la vez: que el pueblo es una híbrida realidad. Lo componen, por un lado, las personas que lo habitan en un momento determinado y son sus componentes horizontales, las generaciones del momento, breve momento perecedero. Lo conforman, por otro, la Corporación y la colectividad que se proyectan en el pasado y en el futuro pero que son siempre en esencia las mismas y que representan a los vecinos de ayer, de mañana y de hoy; estas, la Corporación y la colectividad, son las componentes verticales, las agencias permanentes. Nosotros somos los eslabones transeúntes, aquéllas sobreviven siglo tras siglo; de esta forma el pueblo adquiere algo así como una personalidad mística, esto es, la representación sin fin de personas sucesivas, una duración perenne. Así el pueblo nunca muere. A él va dedicado el Centro que pretende proyección de futuro.

Termino, -no quiero cansarles- con una nota pertinente. La pequeña comunidad en cuanto *genius loci* es uno de los más importantes y permanentes coeficientes de identidad personal. La casa, la calle, la pila bautismal, la familia, la escuela, el cementerio etc. son iconos fijos que nos enraízan y nos definen en primeridad y nos religan con un sentimiento cuasi religioso, difícilmente olvidable. El pueblo esculpe nuestra primera identidad. Además, y por otra parte, el pueblo me ha marcado a mi personalmente, de manera extraordinaria e indeleble en repetidos momentos inolvidables: nombrándome hijo predilecto en 1988 y poniendo más tarde mi nombre a una calle, con actos formales, solemnes, rituales, con fiesta, música y comensalidad; también Aragón me ha distinguido –en 1993- con el muy honroso Premio en Humanidades. Todos estos hechos y

otros que omito, que me confieren honor y prestigio y de los que mucho me honro, requieren por mi parte gestos de agradecimiento, actos de reciprocidad, aunque no puedan equivaler, a la dignidad y galardones recibidos. Estas son parte de las razones que nos movieron a Julia y a mí a testar por el pueblo. Espero y deseo que el Centro llegue a su plenitud; el pueblo, no dudo, se lo merece. Y en definitiva el Centro será lo que los vecinos decidan y hagan de él; en sus manos queda.

Mi aspiración es que el Centro pueda contribuir, en alguna módica medida, en el futuro, a la consolidación de la conciencia personal y comunitaria, de la solidaridad moral, del pluralismo y de la tolerancia que tanto necesitamos. La plenitud del individuo y la verdad se alcanzan por el diálogo de muchas mentes en libertad, escribió el Cardenal Newman.

Autoridades, señoras, señores, gracias mil.

Carmelo Lisón Tolosana